

señal de la elevación de sus pensamientos con respecto á la guerra! Bien se ve que tiene el mundo muy diferentes maneras de juzgar. Cuando, para salvar á la patria toma las armas una virgen cristiana, como la Doncella de Orleáns, se habla de fanatismo y de alucinaciones cristianas. ¡Cuando, en medio de los desastres de su país, ni siquiera toman la pluma nuestros poetas, es indicio de su grandeza intelectual! Sí, para servirnos de las expresiones de Gottschall: «Rueda nuestro olimpo clásico en un éter tan luminoso, que ve pasar á sus pies toda la tempestad de los pueblos como nube ligera llevada por el viento». <sup>(1)</sup>

¡Luminoso era el éter en que se revolvía el gran Goethe en medio de compasivos amorcillos con las Lili, las Suleike, las Federicas, las Corone, y tantas otras, cualesquiera que sean sus nombres! Verdad es que tenía bastante que hacer con lacerar corazones cándidos, corromper almas inocentes, y escapar á tiempo de lazos peligrosos, para que en el fondo de su corazón no quedase ningún buen latido para la miseria del mundo.

Poco tiempo después de la batalla de Jena, la más desastrosa derrota que ha sufrido Alemania, escribía Knebel á su amigo Juan Pablo, «que estaba estudiando con Goethe la osteología, puesto que era muy propicia la ocasión, ya que estaban cubiertos todos los campos de blancos huesos de los defensores de la patria». ¡No sabían emplearlos mejor que haciéndolos servir para sus experiencias! Y lejos de entristecerse, se quedaban muy satisfechos ante aquel infortunio. <sup>(2)</sup> Mientras yacían prisioneros los alemanes, y derramaban su sangre los tiroleses, escribía Goethe sus *Wahlverwandtschaften* (afinidades electivas). <sup>(3)</sup> Como dice Hæusser: «No tuvo vergüenza de pavonearse ante Napoleón y de arrastrarse ante él por el polvo», <sup>(4)</sup> Un solo personaje hubo que se le pareciese en esto, el historiador

(1) Gottschall, *Deutsche Nationalliteratur*, (2) I, 50.

(2) Gottschall, *loc. cit.*, I, 54 y sig.

(3) W. Menzel, *Deutsche Dichtung*, III, 208.

(4) Hæusser, *Deutsche Geschichte*, III, 241.

Juan de Müller. <sup>(1)</sup> Hay singular mezcolanza de compasión y de ironía en las palabras con que Julián Schmidt quiere excusar á Goethe de haber hecho tan miserable papel en presencia del déspota. «Un destino trágico, dice, persiguió á Goethe, y en las más grandes angustias de la patria obligó al gran hombre á hacerse tan pequeño ante el pequeño conquistador». <sup>(2)</sup> Pero ¿debía hacerlo? ¿Quién habla de obligaciones? Goethe lo hizo voluntariamente, y en su bajeza, no experimentó vergüenza alguna. Al contrario, se sintió en la cumbre de la gloria, cuando el poderoso concedor de los hombres, que lo dominaba desde tal altura, le despidió en términos que era difícil tomar por lisonja. Se hizo esclavo del éxito; en esto consistió toda su política, y á ella se atuvo. Cuando despertó por fin el espíritu alemán, y se preparó á la gloriosa guerra de la Independencia, el mismo poeta dirigió estas palabras al padre de Kœrner: «Vosotros, hombres de bien, sacudid vuestras cadenas; no os libraréis de ellas, es demasiado grande el hombre para vosotros». <sup>(3)</sup> En cuanto á él, dejó tranquilamente que derramasen su sangre los alemanes, y durante aquel tiempo, ocultóse, para «estudiar, decía, la historia de los chinos». <sup>(4)</sup> Se sintió incapaz de escribir cantos guerreros contra Francia. Y en cuanto á manifestar de otra manera su patriotismo, no podía ni pensar siquiera en ello.

Concluído todo, versificó para canto de triunfo una fría alegoría: «El despertar de Epimenides». <sup>(5)</sup> En una palabra; no tenía ni el menor sentimiento de patriotismo; sentía nuestros dolores, porque no habían sido bastantes. ¿Y de qué nos hubiera servido á nosotros? No hubiera sabido que hacer de un patriotismo como el de los romanos, decía él; no hubiera tenido ni silla para sentarse, ni cama

(1) *Perthes' Leben*, I, 130, 154 y sig.

(2) Julián Schmidt, *Geschichte der deutschen Litteratur im XIX Jahrhundert* (2) I, 284 y sig.

(3) W. Menzel, *loc. cit.*, III, 85. Gottschall, *loc. cit.*, I, 56.

(4) Gottschall, I, 56.

(5) W. Menzel, III, 208. Gottschall, I, 56 y sig.



para dormir. Donde estaba él bien, allí estaba su patria. Una casa para vivir, un campo para alimentarse, un lugar donde asegurar lo que poseía, era todo lo que podía inspirarle la palabra patria. <sup>(1)</sup>

En verdad que es tan lamentable el concepto de las cosas ante tan grande entusiasmo, que se comprende el noble desaliento que inspiró al dulce Eichendorff estas palabras de maldición:

«Y cuando suene del peligro la hora,  
»Del sepulcro saldrá para avisarnos  
»Quien sólo tocar supo harpa sonora». <sup>(2)</sup>

Verdad es que el amor á la patria no es siempre tan maltratado por los otros corifeos de nuestra literatura. No obstante, lo es suficientemente. <sup>(3)</sup> Eichendorff, á quien hemos citado tantas veces, al desbordamiento de su cólera por la falta del patriotismo de nuestros poetas en la época de las más grandes humillaciones de Alemania, pone, por desgracia, el título siguiente: «Á la mayor parte». Por desgracia también, lo que dice se aplica á todos:

«¡Todo será completamente vano!  
»Honor y libertad, lealtad y gloria  
»¿De burla objeto sólo  
»Serán para vosotros? Afanados  
»Escribís por ganar gloria barata.  
»Mas ¿conmover las almas? Eso nunca.  
»Porque ya nadie lo que escribe cree.  
»¿Sois hombres! ¿sois cristianos?  
»¿Creéis que á Dios se engaña fácilmente,  
»El propio estudio haciendo solamente?» <sup>(4)</sup>

Entre todos éstos está también Schiller que es proporcionalmente el más patriota; sin embargo, deja con frecuencia mucho que desear su sentimiento patriótico. <sup>(5)</sup> Herder pide perdón un día por verse obligado á llamarse

(1) Goethe, *Über Sonnenfels' Liebe zum Vaterland*. Stuttgart, 1857, XXXII, 83 y sig.

(2) Eichendorff, *Mahnung*. (S. W. 2. Aufl. I, 378).

(3) Gervinus, *Gesch. der deutschen Dichtung* (4) V, 331-369.

(4) Eichendorff, S. W. 2. Aufl. Leipzig, 1864, I, 380 y sig.

(5) Janssen, *Schiller als Historiker*, (2) 120 y sig. *Perthes' Leben*, (6) III, 373.

alemán; <sup>(1)</sup> no había en él ningún sentimiento de patria, de estado, ni de nacionalidad. Entre todos los orgullosos, parecíale el más loco el que estaba tocado <sup>(2)</sup> de orgullo nacional.

Según Zeller, considera Lessing como mal necesario la existencia del Estado, lo mismo que de la Religión revelada, y esto en los mejores casos. <sup>(3)</sup> «No quiero tomar la pluma, escribía á su hermano, por el honor de mi querida patria, aunque de ello dependiera su salvación». <sup>(4)</sup> «No tengo idea alguna del amor á la patria, decía á Gleim, (siento mucho tener que confesaros mi vergüenza), y me parece que es el colmo de una heroica debilidad, sin la cual me paso con gusto». <sup>(5)</sup> Cuando hablan de esta manera los personajes que dan el tono, no debe extrañarnos, si no encontramos ni señales de patriotismo en los genios de segundo orden, Juan Pablo, <sup>(6)</sup> Wieland, <sup>(7)</sup> Gellert, <sup>(8)</sup> y Tieck. <sup>(9)</sup>

En cuanto á los que le sucedieron, los Heine, los Børne, los Herwegh, los Freiligrath y otros, preferimos no decir de ellos una sola palabra. Es siempre el antiguo tema cantado en todos los tonos posibles. No puede haber otra excusa para cada uno de ellos considerados individualmente, que ésta, no muy digna por cierto, y es que los otros han hecho lo mismo. Y como dice Haym, «hasta las mejores flores de la vida intelectual, lo mismo poetas que filósofos, considerados en general, participaban de esta limitación de la nación á una esfera de existencia privada y aislada». <sup>(10)</sup>

Sí, es desgraciadamente cierto que alcanzaba aquella deshonra á las flores de la vida intelectual, tomadas en general, porque no son mejores patriotas los filósofos que los

(1) Janssen, *Zeit. und Lebensbilder* (2), 92.

(2) Gervinus, *Deutsche Dichtung* (4) V, 341 y sig., 344 y sig.

(3) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 358.

(4) Lessing, *Werke*, Leipzig, 1857, X, 208.

(5) *Id.*, *id.*, *id.*, 98.

(6) Gervinus, *Deutsche Dichtung* (4), V, 346 y sig.

(7) *Id.*, *id.*, 344.

(8) Bierdermann, *Deutschland in XVIII Jahrh.*, II, II, 51, 53.

(9) Haym, *Die romantische Schule*, 102.

(10) *Id.*, *id.*



poetas. Aun el mismo Fichte, se portó como el Cosmopolitismo al uso inmediatamente antes de la batalla de Jena. Para servirnos de sus mismas palabras, se muestra desdeñoso «con aquellos hijos del país que no pueden separarse del pedazo de terruño perteneciente á un gobierno en decadencia». <sup>(1)</sup> Sin embargo, cuando fué completa la desgracia de la patria, tomó la cosa á pechos, y reparó su falta.

No es menos ruin el papel que hizo Hegel. Según su propia opinión, era tan antipatriota como los grandes autores de nuestra literatura en general; <sup>(2)</sup> pero en los términos que emplea para expresar su falta de patriotismo, se manifiesta tan olvidado de todo comedimiento, tan inagotable y tan inconsiderado, como los poetas. Dos días después de la batalla de Jena, tuvo la dicha de ver á Napoleón, y se sintió profundamente entusiasmado. «He visto, exclama, al Emperador, á esa alma del mundo; produce admirable sensación la vista de un hombre tan grande, que desde aquí mismo, sentado en su caballo, conquista y domina al mundo. Tales progresos (entiende por progresos el mayor desastre que jamás sufrió Alemania, la derrota de Jena) sólo puede realizarlos un genio que no se puede dejar de admirar». <sup>(3)</sup> Se ve que comienza á expresar en alemán pensamientos franceses sobre el entusiasmo. «Deseamos, escribe más tarde, toda felicidad al ejército francés, cosa que no puede faltarle». <sup>(4)</sup> Del mismo sentimiento se siente animado en medio de las grandes peripecias de la guerra de la Independencia. Como Goethe, se burla del entusiasmo alemán por romper las cadenas de la dominación extranjera. Cayó París, y todavía hacía frios chistes sobre la necesidad de nuestra libertad.

Pero aun le aventaja Schopenhauer en sentimientos patrióticos del mismo género. Schopenhauer, que no teme decir que se avengüenza de pertenecer á la nación alema-

(1) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 620.

(2) *Id.*, *id.*, 825 y sig.

(3) Haym, *Hegel und seine Zeit*, 258 y sig.

(4) *Id.*, *id.*, 334.

na, tan despreciable á causa de su estupidez sin límites, se considera demasiado grande para formar parte de un pueblo tan miserable. «Dirigíos á los que adulan al pueblo, dice á sus compatriotas, y permitid que os celebren. Charlatanes sin capacidad y sin talento, astutos, groseros, que reciben puñetazos de los ministros y exponen bravamente sus patochadas; he aquí lo que conviene á los alemanes, y no hombres como yo». <sup>(1)</sup> Así trataban á sus conciudadanos aquellos grandes humanistas, considerándolos—y empleamos las expresiones de uno de ellos, Helderlin,—como «salvajes, con sus fruslerías y su limitada simplicidad; como bárbaros de los tiempos antiguos, hechos más bárbaros todavía por los trabajos de la ciencia y de la religión; como gentes radicalmente incapaces de sentimiento divino, corrompidos hasta la médula, sin resonancia, sin armonía, como los cascotes de un vaso quebrado; cosas y no hombres». <sup>(2)</sup> ¡Y nosotros, que somos alemanes, nosotros enviamos nuestros hijos á la escuela de esos doctores, para que aprendan de ellos á concebir del mundo una idea más noble y dar más energía á nuestro patriotismo, siendo así que el Cristianismo podría enseñarles todo esto en las escuelas cristianas!

**5. Influencia de las sectas.**—Estamos en presencia de un misterio, porque ni aun naturalmente es posible explicar ese desprecio por la propia nacionalidad. Sin embargo, podría concebirse hasta cierto punto de parte de los alemanes. Pero, si oímos que del mismo modo hablan los franceses con respecto á sus compatriotas, comprendemos que tal conducta es independiente de la naturaleza de los pueblos, y que tiene su origen en otra fuente. Tan poco patriotas como nuestros escritores alemanes son Rousseau, Voltaire, y todo el ejército de literatos franceses que se hallaban en Berlín, en San Petersburgo y en La Haya. <sup>(3)</sup> Cuando Fourier habla del pueblo francés, pa-

(1) Haym, *Arthur Schopenhauer*, 92.

(2) *Id.*, *Die romantische Schule*, 309.

(3) Pachtler, *Götze der Humanität*, 724.



récenos oír á Schopenhauer y á Hoelderlin. Según él, es el pueblo «más miserable, más mal gobernado y más nulo en política de toda Europa. No hay pueblo tan pródigo de la sangre de los soldados como él; ninguno se deja engañar más fácilmente en las guerras, en las alianzas y en los tratados; ninguno es víctima tan dócil de los charlatanes y de los revoltosos». (1) Y, sin embargo, estamos viendo que los que dirigen los pueblos, y los pueblos mismos, no alejan á la juventud de tales autores como la alejarían de envenenadores peligrosos; según frase vulgar, se celebran ante ella para formarla; pero, en verdad, se hace todo eso para perderla y corromperla.

No puede ocultarse al más incrédulo, que se ve aquí la influencia de un poder que persigue resueltamente un fin, fin de hostilidad á la patria. ¿Qué poder es ese? Ya lo hemos visto, es el que tiene como principal objeto hacer desaparecer del mundo, poco á poco, los estrechos límites de pueblo y de Estado, primero en los espíritus, después en la realidad, para dar lugar á la gran República de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad universal. (2)

**6. El espíritu cristiano en relación con el amor á la patria.**—Lo que ante todo sirve á la realización de ese fin, es la acreditada opinión de que el Cristianismo es el único obstáculo poderoso que se ha opuesto constantemente á esas sociedades secretas, en sus propósitos de destrucción de los Estados y de los Reinos, para transformarlos todos en una colectividad humana universal y sin forma. (3) Según ellas, tienen razón en desafiarlos á un combate á muerte, porque jamás adoptaremos sus principios; hallarán siempre en nosotros adversarios natos, mientras nos anime un soplo de vida.

Opúsose ya el Cristianismo desde su origen al patriotismo inhumano y sin corazón de los antiguos, enseñando esta doctrina: «También guardamos nosotros los lazos que

(1) Jul. Schmidt, *Geschichte der franz. Litteratur*, II, 593.

(2) Pachtler, *Der stille Bund* (2), 58.

(3) *Masonería práctica*, II, th. I, 5, 189 y sig., 353 y sig.

nos unen á nuestra patria, pero considerándola como una patria de paso. Toda patria es para nosotros tierra extraña, y toda tierra extraña es para nosotros una patria». (1) Pero aun esto está muy lejos del Cosmopolitismo que se olvida del hogar, del Cosmopolitismo antipatriota, del humanismo moderno y de la masonería. Es lo contrario del mal entendido patriotismo del mundo antiguo, que, no conociendo sino la personalidad del Estado, sacrificaba el amor al prójimo y la conciencia.

Si ha echado abajo el Cristianismo esas barreras, lo ha hecho sólo con un fin: con el de mostrar que ofrece y da algo más elevado y más remoto que la patria, el mundo sin fin y la patria eterna. Con el estrecho patriotismo de los antiguos, nos hubiéramos entendido fácilmente para reducirlo á límites convenientes, porque bien está donde está, si permanece cerrado á la humanidad en general y á las relaciones sobrenaturales con la humanidad entera y el mundo invisible. Pero no hay explicaciones posibles con esta destrucción moderna de todos los lazos legítimos que alcanzan hasta el corazón de la humanidad, destrucción á la cual se dirigen todos los esfuerzos de una liga invisible é impalpable. Vemos en Dante cómo repugna al espíritu cristiano ese pensamiento. Según él, los traidores á la patria son castigados en el infierno con mayor dureza que los mismos herejes. Si hubiera tenido que fijar un lugar á nuestros caballeros Kadosch, á nuestros muy ilustres grandes inspectores, á nuestros magníficos y omnipotentes comandadores del grado treinta y tres, como á todos los héroes de nuestra literatura, hubiéramos tenido que ir á buscar ese lugar en lo más profundo del infierno, al lado de Judas y de Caín. El sacerdote Conrado, que condena á Ganelón más que á Judas, los hubiera colocado quizá un grado más abajo. (2)

De esta manera se ponía á tanta altura el patriotismo en la Edad Media, y tan bajo todo atentado contra él.

(1) *Epist., ad Diognet.*, 5.

(2) Kuonrát, *Rolandslied*, 6103.



Con justo orgullo podemos oponer los escritos del antiguo monje Otfriedo de Weissemburgo á nuestra moderna literatura antipatriótica. También él, como lo hacían todos en la Edad Media, respeta á los antiguos romanos y griegos; pero estima más á sus francos. «Tienen el mismo espíritu que los anteriores, intrépidos en la montaña y en la llanura, todos sin excepción son heroicos guerreros; viven en un país excelente, que produce muchas cosas muy buenas; cobre, bronce, hierro, plata y oro». <sup>(1)</sup> Más armonioso y más consolador es el eco de sus palabras, que lo que piensan y dicen de su patria Lessing y Schopenhauer.

Según San Agustín, una de las pruebas más fuertes por que puede pasar el hombre es la necesidad de dejar la patria; sólo el espíritu de fe puede darle fuerzas para semejante sacrificio. <sup>(2)</sup> Según el monje de la Edad Media, comentador de la Biblia, la misma naturaleza del hombre le enseña á amar á la patria, haciéndole conocer las incomparables dulzuras del país natal.

Luego si así es, y en verdad que es así, han renunciado en este punto á la naturaleza Goethe y todo el coro de nuestros clásicos con escasas y honrosas excepciones. Sí, es algo contra la naturaleza la tendencia del Humanismo, que anima nuestra literatura; es más, es un atentado contra todo sentimiento verdaderamente humano y natural. La naturaleza noble y purificada no se halla sino en el concepto cristiano del mundo, que fué el único que introdujo en el código sálico estas admirables palabras: «El pueblo de los francos es un gran pueblo; Dios lo hizo con sus propias manos; es bravo en la guerra, firme en los consejos, leal y fiel en los tratados. ¡Viva Dios que ama á los francos! Proteja Cristo su reino; llene de la luz de su gracia á los que lo gobiernan, proteja sus ejércitos, les dé fe robusta, días de paz y tiempos prósperos. ¡Concédales todo esto la bondad de nuestro Maestro y Señor Jesucristo!» <sup>(3)</sup>

(1) Otfried, *Evangelienhar*, 1, 1, 57 y sig.

(2) S. Agustín, *Append.*, s. 3, 1.

(3) Walter, *Corpus Juris German.*, I, 1, 2.

## CONFERENCIA XIV

### EL REINO DE DIOS ESTÁ EN NOSOTROS

1. ¿Cuál es el más importante de los cuatro deberes del hombre?—Hemos considerado hasta ahora tres de las esferas de actividad asignadas por Dios al hombre: la familia, la sociedad y el Estado. Si no queremos ponernos en contradicción con la historia, y deseamos dar testimonio de la verdad, estamos obligados á confesar que en ninguna de ellas ha cosechado el hombre abundancia de ricos laureles. Sin embargo, las empresas que ellas le ofrecían para su ejecución eran puramente naturales. Ninguna de ellas sobrepujaba las fuerzas de su inteligencia, ni las de su actividad personal. No obstante, nunca, ni en ninguna parte, llegó á encontrar el hombre la solución completa á ninguna de esas cuestiones. Por dondequiera que seguimos al hombre, hallamos la confirmación de esta verdad; tal cual es hoy, no está en estado de cumplir sus obligaciones puramente naturales, ni de alcanzar el destino conforme á su naturaleza, si no viene en su auxilio una fuerza de orden más elevado, una fuerza sobrenatural. Sólo cuando ha tomado enteramente y sin reservas esta dirección, lo que por desgracia ha dejado de hacer la mayor parte de las veces, le vemos llegar á la vez al fin natural y al fin sobrenatural, y esto de una manera tanto más perfecta, cuanto que mejor se ha sometido al orden sobrenatural.

Mas no forman todo el conjunto de sus deberes los tres campos que acabamos de asignar á su actividad. Nos queda el cuarto, el más importante de todos. Aun cuando se